

La calle
Diario de un espectador
Carlos Montemayor
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles tres de marzo de 2010

Apenas murió el domingo Carlos Montemayor y se ha acumulado ya un extenso material sobre su vida y su obra en los medios de comunicación. Era un hombre presente en muchas esferas: lo mismo intermediaba entre un grupo armado y el gobierno federal para la búsqueda de desaparecidos, que ofrecía conferencias sobre literatura maya; igual aparecía en publicaciones como *La Jornada* y *Proceso* que en la pantalla de Televisa, en el noticiario del canal de las estrellas; igual cantaba música de María Greever que arias de ópera; ya se reunía con sus compañeros del Grupo Chihuahua, ya asistía a las sesiones de la Academia Mexicana de la Lengua; ya publicaba traducciones del griego clásico que recreaba en su literatura los movimientos armados de México. De allí lo dilatado de su público, lo profundo de los respetos y los afectos que suscitaba. A pesar de que conocía sus méritos y no se tenía en menos, no alardeaba en vano y por lo tanto no provocaba celos ni envidias: todo el mundo veía su continuo desarrollo como una evolución natural de un espíritu amplio, tendiente a ensancharse. Recibió premios a lo largo de cuatro décadas: desde el Xavier Villaurrutia en 1971 hasta el Nacional de ciencias y artes (campo de literatura) en diciembre de 2009, sólo dos meses y medio antes de su partida.

Montemayor nació en Parral, Chih., el 13 de junio de 1947. En su natal pueblo minero aprendió los rudimentos de las artes que practicó. “el amor a la música para mi fue anterior al amor a las letras”, confió a Pablo Espinosa, el especialista en música de *La Jornada*; y lo dijo también a este espectador en la Plaza pública de Radio UNAM a fines de octubre pasado, la mañana misma en que se anunció que recibiría el Premio Nacional, que años atrás había merecido Martín Luis Guzmán, otro chihuahuense ilustre, del que se ufana Montemayor.

“Antes de los nueve años desperté a la música porque vi en mi natal Parral a un minero que yo quería mucho, tocar una guitarra, y a mí me sorprendió que de sus manos, y de todas sus uñas, negras, duras, quebradas, pudiera brotar la música. Desde entonces me quedó claro que uno puede producir música y para eso no debe uno someterla sino ayudarla a que brote”. Pocos años después, en la adolescencia, viajó a la capital de su estado, a estudiar derecho en la Universidad autónoma de Chihuahua. No se contentó con ser abogado y se trasladó a la ciudad de México, donde ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras. Graduado en literatura clásica, sus primeros pasos, sus primeras obras de crítica, ensayo y narración lo presentaron como un estilista, como un profesional de las letras que a la escritura agregaría la docencia y la pertenencia a la burocracia académica e intelectual. Fue director de difusión cultural de la Universidad Autónoma Metropolitana, secretario y administrador del Colegio Nacional, director de la *Revista de la Universidad*.

En los años setenta parecía destinado a ser, como lo fue, un escritor atildado a quien estudiarían críticos mexicanos y extranjeros. Una de ellos, Helen Anderson pudo escribir sobre esos años iniciales que “su gama de creatividad literaria y de erudición es muy amplia. Estudioso del latín, del griego, del hebreo, de las literaturas clásicas y las filosofías antiguas ha escrito sobre autores tan diversos como Virgilio, Séneca...y ha traducido la poesía de Safo...”